

## Los “otros” de la calle: el acontecimiento discursivo de las manifestaciones de 2013

## Os “outros” da rua: o acontecimento discursivo das manifestações de 2013

## The “others” from the street: the discursive event of 2013 protests

Kleber Santos de Mendonca<sup>1</sup>

Flora Daemon<sup>2</sup>

**Resumen** *Se intentan señalar las regularidades discursivas implícitas en el enfoque desde el que se abordaron las manifestaciones de 2013 por parte de la gran prensa. Se defiende la hipótesis de que la instancia informativa (re)actualiza una serie de interpretaciones anteriores, cristalizadas en el sentido común, presentes habitualmente en la cobertura de los acontecimientos relacionados con la violencia urbana. Estos elementos reducen la polisemia de las protestas y crean condiciones discursivas que legitiman la represión por parte de las fuerzas del Estado.*

**Palabras-clave:** *Manifestaciones de 2013; Violencia; Periodismo; Discurso*

**Resumo** *Buscamos apontar regularidades discursivas implícitas no enfoque dado às manifestações de 2013 pela grande imprensa. Defendemos a hipótese de que a instância informativa (re)atualiza uma série de interpretações anteriores, cristalizadas no senso comum, usualmente presentes na cobertura de acontecimentos ligados à violência urbana. Tais elementos reduzem a polissemia dos protestos e criam condições discursivas que legitimam a repressão pelas forças do Estado.*

**Palavras-chave:** *Manifestações de 2013; Violência; Jornalismo; Discurso*

<sup>1</sup> Doctor en Comunicación por la UFF. Profesor del cuerpo permanente del Programa de Posgrado en Comunicación (PPGCOM) de la Universidade Federal Fluminense – UFF, Niterói, RJ, Brasil; klebersm@hotmail.com.

<sup>2</sup> Investigadora de la Fundação Biblioteca Nacional. Doctoranda en Comunicación por el PPGCOM – Universidade Federal Fluminense – UFF, Niterói, RJ, Brasil; floradaemon@yahoo.com.br.

**Abstract** *We seek discursive regularities implicit point in focus from which the manifestations of 2013 were treated by the mainstream press. Defends the hypothesis that informative instance (re) updates a number of previous interpretations, crystallized in the common sense, usually present in the coverage of events connected to urban violence. These elements reduce the polysemy of protests and create discursive conditions that legitimize repression by state forces.*

**Keywords:** *Manifestations of 2013; Violence; Journalism; Discourse*

---

Fecha de envío: 20/2/2014

Fecha de aceptación: 12/3/2014

## Introducción

Las manifestaciones acontecidas a partir de junio de 2013<sup>3</sup> en las calles de las principales ciudades brasileñas provocaron intensas discusiones en relación a muchos de los aspectos sacados a colación por estos acontecimientos. Se cuestiona, entre otros asuntos, el lugar del periodismo tradicional en la contemporaneidad, el monopolio y la responsabilidad de administrar los flujos informativos, los límites del derecho de protesta, las formas de actuación represiva de las fuerzas policiales, la incapacidad de los gobernantes para tratar con las múltiples y difusas reivindicaciones, así como la gran cantidad de grupos y corrientes –muchas veces contradictorios– que comenzaron a ocupar con cierta periodicidad las calles de Brasil.

Dado que nos encontramos ante unos acontecimientos todavía en curso, cuyas consecuencias y repercusiones están lejos de ser establecidas, no se pretende en este artículo un análisis definitivo de los múltiples sentidos y resultados de esa contradictoria y dialógica polifonía de puntos de vista, interpretaciones del mundo, lugares de habla, gestos políticos y acciones. Buscamos, eso sí, apuntar aspectos fundamentales que orientan, desde hace años, el funcionamiento discursivo de la prensa brasileña que son re-accionados y que permiten el surgimiento de una cierta tónica en los relatos informativos en relación a las manifestaciones de 2013. Para ello tomamos como base empírico-ilustrativa la cobertura periodística de los episodios que se produjeron a partir del mes de junio de 2013 hasta la actualidad.

Nuestra hipótesis, establecida a partir del acompañamiento sistemático de los reportajes sobre las manifestaciones, de junio de 2013 a febrero de 2014, es la de que estos acontecimientos permiten la explicitación en el discurso periodístico hegemónico de una gama de elementos constituyentes de un enfoque que, contra lo que pueda parecer, no suponen ninguna novedad. Señalaremos de qué forma la prensa brasileña (re)

<sup>3</sup> Evitamos, aquí, la expresión “Jornadas de junio” porque consideramos que los acontecimientos engendrados a partir de aquel mes no se limitaron a ese período. Nos referiremos a los episodios como “las manifestaciones de 2013”, aunque los procesos aún estén en curso hasta el momento.

atualiza a lo largo de las protestas y sus repercusiones, interpretaciones particulares anteriores que son tomadas no como las orientaciones de sentido que son, sino como la constatación de una realidad: un ya-dicho cristalizado en el sentido común y que asume aspecto de verdad incuestionable por “evidente”.

Estos elementos constituyentes del discurso hegemónico sobre las manifestaciones de 2013 se pueden apreciar, con rasgos semejantes, en la cobertura informativa de otros temas complejos. Estos elementos, del mismo modo, parecen pedir una toma de posición más explícita por parte de los medios de difusión, como la cuestión de las favelas, el crecimiento de la violencia urbana y las mediaciones de los conflictos sociales.

Tomamos como presupuesto teórico la existencia de las regularidades mostradas por Foucault como la capacidad de toda sociedad de hacer que la producción discursiva sea “al mismo tiempo controlada, seleccionada, organizada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen como función conjurar sus poderes y peligros, dominar su acontecer aleatorio, esquivar su pesada y temible materialidad” (FOUCAULT, 1996, p. 9).

En este sentido, debemos tener en cuenta la recomendación de Orlandi respecto a que busquemos hacer explícitos en los análisis de los procesos discursivos los elementos organizadores del texto de forma que alcancemos “la comprensión de cómo un objeto simbólico produce sentidos, cómo está investido de significación para y por sujetos, (...) [y] cómo el texto organiza los gestos de interpretación que relacionan sujeto y sentido” (ORLANDI, 1999, p. 26-27).

En otras palabras, defendemos aquí la perspectiva que entiende que los sentidos de los acontecimientos y los discursos se construyen a partir de una relación de exterioridad “en las condiciones con las que se producen y que no dependen solo de las intenciones de los sujetos” (ORLANDI, 1999, p. 30). De esta forma, buscar los vestigios de las estrategias a partir de las que se producen los efectos de sentido compartidos y transmitidos por la prensa es fundamental para conseguir, en palabras de Foucault, llevar a cabo lo que es propio de toda tarea crítica: al poner “en cuestión

las instancias de control, debe analizar al mismo tiempo las regularidades discursivas a través de las cuales se forman” (FOUCAULT, 1996, p.66).

Será justamente el orden discursivo, silencioso en muchas ocasiones, condicionante de las interpretaciones hegemónicas sobre los fenómenos de la violencia urbana y la compleja mediación en los conflictos, que emergerá del decir informativo en el momento en que las manifestaciones y sus repercusiones irrumpen en las calles y en los espacios mediáticos de información. Así, reflexionar sobre esas regularidades discursivas para conseguir entenderlas mejor, puede ayudarnos a señalar algunos otros aspectos de estos conflictos, además de a relacionar posibilidades alternativas para una cobertura periodística que sea capaz de comprender mejor las dimensiones de las complejidades puestas en juego<sup>4</sup>.

Para poder apreciar con más claridad en qué medida las protestas de 2013 se presentan, simbólicamente, para la prensa hegemónica y para los gobernantes, como formas múltiples de “violencia”, en esta ocasión en el terreno simbólico, proponemos un diálogo con el concepto de *acontecimiento discursivo*. Orlandi define el concepto como algo que “abre a una nueva discursividad, produce efectos metafóricos que afectan a la historia, la sociedad y los sujetos en muchas y variadas dimensiones: política, cultural, moral” (ORLANDI, 2002, p. 52). La autora se refiere al discurso unificado de la globalización en los medios de comunicación como un proceso discursivo que reduce la pluralidad de lecturas. Ejemplo de esto es el gesto de considerar como inaceptable, políticamente, cualquier movimiento cuyo sentido se deslice hacia la movilización social

De esta forma, los acontecimientos o los discursos que afecten al orden social vigente, desestabilizándolo, son interpretados siempre como amenazas que deben ser reprimidas. Podríamos definir acciones como las que aparecen en 2013 como una ruptura, no solo “del nivel del discurso político, pensado con un tipo de discurso: una profunda ruptura en lo político” (*idem, ibidem*, p. 57).

<sup>4</sup> No hemos realizado en este artículo un análisis empírico de reportajes. Recurrirémos a ejemplos emblemáticos que nos permitan señalar los vestigios de las regularidades discursivas que apuntamos como continuidad en relación a las tradicionales coberturas periodísticas respecto a la violencia urbana.

Las protestas, en su primer momento, fueron capaces de amenazar los sentidos aparentemente tan estabilizados hasta aquel momento: el éxito de los gobiernos de Lula, Dilma y Cabral; la “evidencia” de que Brasil se convertía por fin en protagonista en el orden político y económico mundial; la “felicidad” y el “orgullo” de los brasileños (y especialmente de los cariocas) por recibir el Mundial de fútbol y las Olimpiadas, entre otros eventos. Esta amenaza simbólica, a su vez, acaba poniendo en acción un discurso “violento” por parte de la gran prensa cuyo objetivo implícito será el de intentar retomar el control discursivo mediante el derecho de nombrar el mundo.

### **La criminalización de las manifestaciones: de los usos de la violencia como sentido común**

A partir de las acciones de intervención desarrolladas por el Estado en diferentes comunidades de Río de Janeiro en busca de lo que se denomina “pacificación”, el periodismo carioca ha desarrollado una forma específica de materializar, discursivamente, su apoyo: el uso recurrente de la violencia como operador discursivo para legitimar los gestos represores del Estado en esas comunidades.

Dicha estrategia enunciativa se utiliza, tradicionalmente, en relación a la forma en que la prensa aborda la cuestión de la administración de los conflictos por parte del Estado, en sus diversas instancias, especialmente en los relatos sobre la emergencia de los problemas ligados a la pobreza y a las estrategias de supervivencia de las clases más bajas. La utilización del argumento de la violencia creciente como legitimador de casi cualquier acción represora del Estado se explica en función de la forma en que existe, como base de tales relatos periodísticos, un entendimiento particular de cómo la violencia se considera por el sentido común. El sentido único de violencia, que parece atravesar muchos de los relatos informativos, acaba por convertirse en un gesto político de intervención en las cuestiones en la medida en que acaba por domesticar la naturaleza polisémica del fenómeno de la *violencia*.

El problema, cuando intentamos tipificar las violencias de modo poco complejo, es que la forma de mirar hacia la cuestión hace emerger, como una convocación inevitable, otra acción, ahora contra-violenta, basada en las relaciones sociales en constante disputa. Michaud ya alertaba para el hecho de que “cada sociedad está implicada con su propia violencia, según sus propios criterios y trata sus propios problemas con mayor o menor éxito” (MICHAUD, 1989, p. 14). Al no considerar la complejidad del tema, muchos relatos periodísticos acaban cayendo en la trampa de transformar el fenómeno de la violencia en un sujeto capaz de practicar acciones, como una *aberración*, que haría desmoronarse la normalidad *pacífica* del ordenamiento de la vida social.

De esta manera cabe recordar la alerta de Misse (2008) sobre las implicaciones de definir algún acto (o a alguien) como violento: “no estamos solo describiendo un evento, sino interviniendo en él. Decir que alguien es violento es actuar sobre esa persona, es demandar algo con otra violencia para interrumpir la violencia de esa persona” (MISSE, 2008, p. 9).

La adopción de esta perspectiva discursiva tiene implicaciones políticas importantes. La primera de ellas es que, al no considerar las violencias como modo complejo de relación social –cuyos sentidos son histórica y culturalmente producidos, determinables, por lo tanto, por el juego de los puntos de vista constantemente en conflicto– un cierto tipo de relato periodístico termina por silenciar los usos políticos, morales y culturales que serán puestos en marcha en sus propias hablas. Al reproducir la visión algo simplificadora de que el “problema de la violencia” es “naturalmente” una mera ruptura del “orden”, los medios de comunicación hegemónicos acaban construyendo un falso silogismo según el cual la solución para el problema consistiría solo en el aumento de la fuerza de represión policial.

Es exactamente este presupuesto discursivo el que dio la tónica inicial de las coberturas informativas hegemónicas sobre las manifestaciones iniciadas en junio de 2013. En un primer momento, el énfasis de los relatos noticiosos está puesto en el impacto negativo de las protestas en la rutina de la ciudad y de sus habitantes: hay un constante gesto de des-

legitimación discursiva de las acciones en la medida en que el gancho principal de los primeros reportajes acaba siendo el del caos provocado en el tráfico y, en consecuencia, en la violación del derecho de ir y venir de los “ciudadanos de bien”.

Un ejemplo de cómo esta perspectiva de cobertura afectó el debate inicial sobre las manifestaciones fue la propuesta de la Policía Militar de Río de Janeiro de establecer un área específica en la ciudad para la realización de las protestas, hecho que, según esta institución, garantizaría el mantenimiento del “derecho de ir y venir de la población de la ciudad”<sup>5</sup>.

Este aspecto del argumento de la PM no es, de hecho, una novedad en la forma en que las coberturas periodísticas de la gran prensa usualmente trataban las protestas y las huelgas en Brasil. El énfasis presente en la elección de los “perjuicios públicos” como el aspecto más importante de la noticia es recurrente en las huelgas de los funcionarios públicos, empleados de banca, profesores y otras categorías: sea por el impacto de la paralización para los usuarios, o incluso por los daños causados a la “vida normal” de la ciudad como consecuencia de las protestas de estos trabajadores.

Estamos, pues, ante una estrategia discursiva que divide a los habitantes de la ciudad en dos tipos: los ciudadanos de bien, que tendrían derecho “legítimo”, a la ciudad y los *otros*, que perturbarían el orden público con sus acciones. Se construye, de esta forma, una ecuación discursiva que permitiría autorizar al Estado a recurrir al uso de la fuerza (o de la supresión del derecho garantizado por la Constitución del ciudadano a manifestarse en los espacios públicos) para combatir esta “perturbación del orden”.

De vuelta a los múltiples sentidos presentes en la cuestión de la(s) violencia(s), es interesante recordar que podemos tratar el fenómeno a partir de diferentes perspectivas. Sodré propone una oposición entre diferentes naturalezas de “violencia”: una, an mica que se inscribe en lo social como “acto” y es entendida “como la ruptura, por la fuerza desor-

<sup>5</sup> ARAUJO, Vera. ‘Manifest dromo’ liberará vías vitales y evitar  caos en el tr nsito. O Globo, 17/8/2013.

denada y explosiva, del orden jurídico-social, y que da lugar a la delincuencia, a la marginalidad o a las muchas ilegalidades susceptibles de ser cohibidas por el Estado (SODRÉ, 1992, p. 11). La segunda perspectiva se refiere a la estructura violenta, frecuentemente silenciada, cuyos orígenes remiten a los modos a partir de los que el Estado se constituye: “Tenemos ahí la *violencia invisible*, la *violencia institucional* o *estado de violencia*; esto es una condición continua, estructural e irrefutable (...) del Estado con sus aparatos y sus articulaciones sociales” (SODRÉ, 1992, p. 11).

Defendemos aquí que la prensa, al hacer énfasis en los problemas de tráfico causados por los manifestantes, proponía en aquel primer momento, una síntesis perversa entre las dos perspectivas apuntadas por Sodré. La interpretación hegemónica de que las protestas serían actos de “violencia anómica” autorizaría la fuerza represora de la Policía, en el mismo gesto discursivo en que silenciaría la “violencia de estado” presente en las situaciones propuestas (“manifestódromo”) e implementadas (combate sistemático de las manifestaciones con uso exacerbado de la fuerza, especialmente por las tropas de choque).

A ese respecto, Chauí (2006) apuntaba ya algunos dispositivos de ocultación capaces de ampliar la legitimación del uso de la “violencia de estado” como respuesta de una “violencia anómica” anterior. Entre los varios procedimientos por los que el “mito de la no violencia brasileña” sería engendrado, dos de ellos pueden ayudarnos a pensar los efectos discursivos de esa manera de considerar las manifestaciones:

Un dispositivo sociológico, que considera la violencia (...) como un momento en el que los grupos sociales ‘atrasados’ o ‘arcaicos’ entran en contacto con grupos sociales ‘modernos’ e ‘inadaptados’, se vuelven violentos; (...) [y] Un dispositivo de exclusión, es decir, la distinción entre un ‘nosotros brasileños no-violentos’ y un ‘ellos violentos’, siendo ‘ellos’ todos aquellos que, ‘atrasados’ y desheredados, emplean la fuerza contra la propiedad y la vida de ‘nosotros brasileños no-violentos’ (CHAUÍ, 2006, p. 125-126).

Aunque pesen las manifestaciones públicas de la autora respecto a las protestas de 2013, recurrimos a las ideas propuestas por ella para pensar

la violencia urbana como una manera de percibir en qué medida hubo una distinción perversa en los diarios, entre “ciudadanos legítimos”, víctimas de un mal exterior resultado de la práctica de otros-sujetos-manifestantes, “en esencia” violentos.

Tras este momento, se puede percibir un desplazamiento discursivo en la cobertura hegemónica. La combinación del exceso del uso de la fuerza por la PM (llegando, incluso, a herir a periodistas) con la creciente adhesión popular a las manifestaciones y el repudio de los manifestantes en las redes sociales, acerca del modo en que las protestas estaban siendo interpretadas, hizo que los daños a la movilidad en la ciudad fuesen silenciados por la cobertura hegemónica. Pese a ello, la oposición fundante violentos/pacíficos permanecerá como operador discursivo primordial: esta vez en la oposición entre los términos “manifestantes” y “vándalos”. Los primeros, tratados como ciudadanos legítimos en su derecho de reivindicación y los segundos, como los perturbadores del orden que, una vez más, legitimarán las acciones (violentas) de represión de la Tropa de Choque.

A partir de la articulación discursiva de tales presupuestos, la igualdad simbólica entre “protestar” y “practicar la violencia” se adopta fácilmente, de modo implícito, en las coberturas hegemónicas de aquel momento. Dicha igualdad se desdobra en dos enfoques diferentes: el primero se evidencia en los argumentos de que los manifestantes serían, en su mayoría, jóvenes de clase media, que no tendrían por qué reclamar del aumento de los billetes de autobús. El segundo enfoque, como veremos más adelante, tendrá que lidiar con la constatación de que los vecinos de las favelas de Río de Janeiro también estaban participando en las protestas.

Uno de los ejemplos más emblemáticos del primer enfoque fue protagonizado por Arnaldo Jabor, comentarista del *Jornal da Globo*:

La virulencia del argumento inicial de Jabor fue tan rebatida por los manifestantes en las redes sociales y en los foros de análisis y debate sobre las coberturas periodísticas que llevó al propio articulista a rectificar días después, pasando a estimular las protestas, considerándolas ahora como “legítimas” siempre que se dirigiesen a causas justas como impedir la aprobación de la PEC 37 en el Congreso Nacional.

Aún ante este intento de reducir la polisemia de lo que ocurría en las calles, el primer análisis de Jabor expone los presupuestos, hasta entonces implícitos, en la regularidad discursiva de la prensa: los manifestantes no pasaban de rebeldes sin causa, de clase media, que se revolvián violentamente contra la ciudad como los integrantes del *Primeiro Comando da Capital* (PCC), en clara referencia a los episodios criminales practicados por la principal facción criminal de São Paulo en mayo de 2006.

### **El desorden de Estado como lógica del castigo**

Otro aspecto fundamental que nos permitirá problematizar todavía más estos elementos discursivos re-accionados por la prensa hegemónica al cubrir las manifestaciones de 2013 habla respecto a la ambigua lógica del castigo a partir de la cual se caracterizan las instancias estatales responsables de la administración de los conflictos en Brasil.

Kant de Lima (1996) señala un conflicto estructural en el ordenamiento de nuestro país: la convivencia simultánea entre una sociedad jerarquizada “en la que diferentes segmentos tienen accesos diferentes a derechos y deberes” (KANT DE LIMA, 1996, p. 166-167) y una legislación republicana, que debería garantizar la existencia de un orden público “que sería el resultado del conflicto proveniente de la oposición de intereses, entre iguales, en una sociedad igualitaria” (KANT DE LIMA, 1996, p. 167).

En Brasil, siguiendo aún a este autor, este embate interfiere en el funcionamiento del Aparato Policial y Sistema Judicial, haciéndolos funcionar de modo contradictorio y conflictivo. Como consecuencia, vemos emerger una violencia institucional, resultado, no del conflicto, sino de la “inexistencia de formas aceptadas consensualmente y de expectativas razonables para promover su administración” (KANT DE LIMA, 1996, p. 167).

Esta contradicción también materializa la paradoja cotidiana de muchas de las acciones policiales que, usualmente, parecen no ver problema al convivir entre la obediencia a la ley y la “necesidad” de recurrir a medios ilícitos –como la tortura, la violencia, la intimidación– como

única forma de garantizar el bienestar de la sociedad como un todo. En resumen, “la policía opera como si fuera una agencia autónoma, al servicio de un Estado imaginario, encargado de mantener un orden injusto, en una sociedad de desiguales” (KANT DE LIMA, 1996, p. 174).

El “funcionamiento” ambiguo de la policía materializa un funcionamiento Estatal que se pone por encima de la sociedad y no en el mismo nivel del ciudadano. Y por esa razón el conflicto (y las protestas), en vez de ser consideradas en un principio como elementos fundamentales de cualquier democracia (incluso de las más liberales) se toma en Brasil como una indeseable perturbación del orden. Ante esta amenaza de las protestas, el Estado pasa a castigar los conflictos (y a los manifestantes) en vez de garantizar las herramientas necesarias para administrarlos en consensos, aunque sean momentáneos

El propio principio de entendimiento de la función represora del Estado repercutirá en la cobertura informativa de las manifestaciones en muchos momentos. El resumen de Kant de Lima, aunque se refiera al sistema judicial brasileño, podría ser utilizado, sin problemas, para describir el funcionamiento discursivo de muchos de los grandes periódicos en relación a las protestas todavía en curso.

Nuestra estructura judicial continúa compartimentada, portando diferentes justicias, todas incapaces de universalizarse, porque funcionan legítima y oficialmente con distintos principios. Así, se junta a otros mecanismos de violencia institucional ilegítima, dirigidos específicamente a distintos sectores de la población (...) Como se reconoce la existencia de personas sustancialmente diferentes, se les atribuyen a ellas, respectivamente, motivaciones diferentes, conflictos diferentes y una justicia diferente para cada una de ellas (KANT DE LIMA, 1996, p. 176).

Ejemplo emblemático de esta extraordinaria capacidad de colocarse por encima de los principios igualitarios de la Ley, utilizando el argumento de que, aun así, se está preservando el bienestar de toda la sociedad, es el reportaje de portada del diario O Globo del 17/10/2013, “Crimen y castigo: Ley más dura conduce 70 vándalos a prisión”. Al narrar la prisión en masa, el día anterior, de manifestantes, el periódico

co, con el mismo gesto con que silenciaba posibles exageraciones en la represión policial generalizada, actualizaba la memoria discursiva de los reportajes sensacionalistas de los viejos periódicos populares dedicados a la crónica negra: la edición presentaba estampadas en portada las fotos de tres manifestantes detenidos por la Policía Militar, tratados en el discurso del rotativo como “delincuentes”, con derecho, incluso a la presentación de sus “antecedentes policiales” en tono de burla, prejuicio e ironía.



Figura 1. Recorte de la portada de *O Globo* de 17/10/2013.<sup>6</sup>

Después de la etapa de tolerancia en relación a los “buenos manifestantes”, la prensa volvía a simplificar la multiplicidad de voces en las calles, reduciéndolas al prejuicio materializado en el uso del término *vândalos*, que no dejaba dudas, una vez más, sobre el carácter de las protestas. A remolque de esta toma de posición, sin embargo, el periódico presentaba un agravante más: el de re-memorar, con su opción informa-

<sup>6</sup> SIN MÁSCARAS. 1/ JAIR SEIXAS. Bahiano vuelve a la cárcel. Músico conocido como Bahiano o Macanhão es un tipo habitual en actos violentos. En julio estuvo preso por daños a un coche patrulla en Leblon. 2/ ELISA DE QUADROS. *Sininho do barulho*. De apariencia frágil, productora de cine conocida como Sininho lidera el campamento Ocupa Câmara hace dos meses en Cinelândia y defiende a anarquistas 3/ RODRIGO AZOUBEL. Comprometido y herido de bala. Joven herido de bala en los brazos durante la manifestación del martes, acumula participaciones en protestas y defiende las acciones de los vândalos.

tiva, los tiempos en que el apoyo a las acciones de la dictadura militar eran, igualmente, estampadas en las páginas de los periódicos cariocas.

La reacción al reportaje que estampaba, también en la portada, la foto de un autobús con manifestantes que eran llevados a una comisaría (y que omitía el hecho de que la gran mayoría de los detenidos estaban sentados en la escalinata de la *Câmara dos Vereadores*, en Cinelândia, en una protesta “pacífica”) fue inmediata. Las redes sociales, los medios de comunicación y los foros de debate y análisis periodístico se hicieron eco de la “opción desafortunada” del diario de elegir la simplificación en vez de ver la complejidad de los múltiples sentidos (y voces) igualmente constituyentes de estos acontecimientos.



Figura 2. Comparación entre las portadas de *O Globo* 17/10/2013 y de 6/04/1968, de apoyo a la dictadura militar, ampliamente divulgada en las redes sociales<sup>7</sup>

El ordenamiento contradictorio del Estado brasileño, como apunta Kant de Lima, también nos ayuda a entender, más allá de lo que este

7 / Ley más dura lleva a 70 vándalos a los presidios. 2/ El ejército advierte: trataremos a los alborotadores como enemigos de la patria.

titular vocífera, dos aspectos en nuestra opinión fundamentales y que fueron omitidos en este y en muchos otros reportajes: la ineptitud de la policía para tratar la irrupción de las manifestaciones y la incapacidad (e intolerancia) de los gobernantes para aceptar que una parte considerable de la población pudiera, democráticamente, expresar su descontento.

Estos elementos son igualmente constituyentes de la dialógica y conflictiva complejidad puesta en escena en el momento en que las calles fueron tomadas por personas de diferentes características, con diferentes reivindicaciones y pertenecientes a distintos grupos. El entendimiento, sin embargo, de que era la obligación de las fuerzas del Estado no ya la administración de los conflictos, sino la supresión de los mismos como amenazas violentas al orden, provocó que gran parte de la prensa no pusiera énfasis en los excesos de la policía. Más aún, si las fuerzas represivas del Estado son criticadas, la reprensión en los periódicos vendrá por la “constatación” de lo que le parecerá a los periódicos la tolerancia y el poco uso de la fuerza en el cumplimiento de la función de “cohibir” las protestas.

### **Del silencio de los excesos policiales a las muertes silenciadas en las favelas**

El enfoque de la cobertura tradicional tuvo que abordar, discursivamente, un desdoblamiento en sus interpretaciones hegemónicas: la constatación de que los pobladores de las favelas de Rio de Janeiro también participaban en las protestas. En la medida en que la primera versión —la de que los protagonistas eran solo jóvenes de clase media— se desvanece, la presencia, cada vez más percibida de otros estratos sociales, aportó sin embargo mayor complejidad a las informaciones. Al contrario, la integración de los habitantes de favela en las protestas puso en evidencia, aún más, las estrategias discursivas de contar esas protestas como acciones meramente delictivas.

Entró en juego entonces, como importante operador discursivo, algo que Misse (2008b) define como *sujeción criminal*. El sociólogo, al describir los elementos que forman parte de la construcción social del delito,

se da cuenta de la existencia de parcelas de la población que son seleccionadas previamente como “propensas” al delito. Esta constitución de las “clases peligrosas” se procesa actualmente de modo casi automático si pensamos, como Foucault (1999), que en la modernidad el foco de los castigos (y de la vigilancia de la policía) deja de ser la *acción practicada* para dedicarse al examen disciplinario que intentará identificar en los sujetos sus diferentes grados de “peligrosidad”.

Exactamente esta seguridad de una especie de “*esencia peligrosa*”, inherente a los pobladores de las favelas, se materializó en los modos en que el enfoque de la presencia de estos actores en las manifestaciones se convirtió en otro elemento de constatación del carácter delictivo de las protestas. Un ejemplo empírico que pone en evidencia la forma en la que tanto el periodismo tradicional como la policía utilizan la sujeción criminal como método de actuación, es el relato que recibimos durante el desarrollo de nuestro trabajo de campo en algunas comunidades de Rio de jóvenes habitantes que nos informaron sobre acciones policiales sistemáticas en los días de las protestas que buscaban impedir que estos pobladores de las favelas participaran en las manifestaciones en el Centro de la ciudad. El procedimiento adoptado era el del registro constante a la salida de las favelas en busca de evidencias de la participación de los jóvenes en los actos, como el “porte” de máscaras, banderas o carteles de protesta. No fueron pocos los testimonios que mencionaban, también, un interrogatorio incisivo de los policías respecto al motivo de dejar la favela para participar en “los alborotos de la ciudad”.

Según testimonio aún de los jóvenes entrevistados por nosotros, el foco en los motociclistas era aún más violento, llegando en algunos casos a cohibir su salida para amenazarlos con la cárcel. Así el debate público que pasa a instaurarse en febrero de 2014 respecto al Proyecto de Ley que intenta prohibir el uso de máscaras en las protestas, como modo de impedir el anonimato, ya estaba en vigor desde junio de 2013 en las favelas “pacificadas” de Río de Janeiro.

El hecho de que la acción de la policía en las favelas se base habitualmente en la sujeción criminal y que así materialice, una vez más, el ambiguo sistema jurídico brasileño, tratando de manera diferente a ciu-

dadanos que deberían ser iguales ante la ley, pero que se reconocen en sus papeles (de subalternidad y represión autoritaria) permite la generalización de los culpables y la cristalización de sentidos que “evidencian” la existencia de clases peligrosas. Ese mismo ambiente de prejuicio, habitual en los enfrentamientos violentos en las comunidades de la ciudad es trasladado discursivamente, de manera casi automática, a las páginas de los periódicos dedicadas a las manifestaciones.

Extraños momentos de “igualdad democrática” aquellos en los que se concretó la transposición de la represión violenta a los jóvenes de la favela (en la favela) para el uso indiscriminado de la fuerza contra los jóvenes de la ciudad (del asfalto y de la favela, juntos) en las calles de Rio de Janeiro. Vivimos, tanto en la ciudad como en el texto, la misma constatación señalada por Misse –al combatir el mito de la “ausencia del Estado en las favelas– respecto a la incapacidad de los gobernantes de administrar los conflictos de forma democrática:

es el tipo de presencia del Estado (bajo la forma del poder discrecional de la policía y de sus brazos, los delatores, los chivatos, así como las transacciones entre policías y delincuentes), y no su ausencia, lo que constituye uno de los principales focos de enfrentamiento, violencia y tumultos en las favelas, viviendas populares y barrios pobres de Rio de Janeiro (MISSE, 2008b, p. 30).

El punto culminante de esta equivalencia simbólica entre la represión policial “de la violencia” en las favelas y el uso de la fuerza para combatir el “vandalismo” en las protestas se puede percibir en la forma en la que los periódicos tratan la “respuesta” policial a la participación de los vecinos del Complexo da Maré en una manifestación en Bonsucesso, Zona Norte de Rio, que pasó a ser denominada por los informativos como “arrastão”<sup>8</sup> (otra de las regularidades discursivas cristalizadas en el sentido común que “hablan por sí mismas” en la categorización de los actos “evidentemente violentos” de las “clases peligrosas”).

<sup>8</sup>N.T. Según el diccionario Aulete Digital: Tipo de asalto realizado por un grupo numeroso de delincuentes mientras avanza rápidamente en medio a una gran concentración de personas (traducción nuestra).

En las páginas de O Globo del 26/6/2013 la actuación policial y los enfrentamientos que dejaron un saldo de diez habitantes de la favela y un soldado del BOPE muertos, la tónica de la cobertura informativa coincidía en tratar a los muertos como traficantes en confrontación con la policía. La justificación pública de la PM y de la Policía Civil, presentada, sin cuestionamientos, por el periódico para el grado exacerbado de fuerza utilizada en la acción que resultó en la muerte de esas diez personas era la de que la gran mayoría de estas personas tenía antecedentes delictivos.

La mención de que el objetivo no-explicito de la operación era materializar una respuesta enérgica a los pobladores de la Maré de desordenar la geografía de las manifestaciones, al trasladarlas también al terreno de la periferia (y a sus causas) se hizo, solo en las declaraciones de los movimientos sociales de la localidad, cuyos testimonios tienen normalmente poco eco en la gran prensa carioca. Todavía menos en medio de un conjunto de informaciones divulgadas por la policía que informaban sobre el número de incautaciones de drogas, armas y vehículos robados.

Un escenario, sin embargo, bastante diferente del descrito en las redes sociales, en tiempo real, por los integrantes de movimientos sociales de la comunidad, como el Observatorio de Favelas. Quien pudo seguir las declaraciones de los integrantes de la ONG pudo percibir la protesta de los habitantes de la comunidad y el clima de indignación y miedo ante la fuerza desproporcionada de la policía y el uso indiscriminado de armas de fuego desde el inicio de la actuación de represión a la protesta, que tuvo comienzo horas antes en la Avenida Brasil. Una de las frases más emblemáticas que siguieron a la acción nos ayuda a profundizar en la aproximación que hacemos en este artículo. Decía una pancarta que “la policía que mata en el asfalto es la misma que mata en la favela”.

### **Una (no) conclusión**

De esta manera dibujamos un breve recorrido que estableció un panorama de diferentes momentos de asociación de las manifestaciones a las prácticas delictivas. Tanto cuando los acontecimientos aparentaban, de

lejos, para la prensa tratarse de una aglomeración de jóvenes de clase media sin causa específica y sin identidad política, pasando por el intento de captura discursiva de sus integrantes hasta la criminalización pura y simple de todos ellos.

La fatalidad de las implicaciones de las protestas de 2013, que todavía están en curso, sumó en febrero de 2014 otro triste encuentro entre la “violencia simbólica” y la “violencia en acto”: la muerte del cámara de la TV Bandeirantes Santiago Andrade, alcanzado por un cohete lanzado por un manifestante. La indignación de parte considerable de la opinión pública, de las empresas de comunicación y de los profesionales de la prensa ante lo ocurrido va seguida, discursivamente, por el surgimiento de un clima de consternación que, directa o indirectamente, acaba por permitir la legitimación de una nueva serie de actitudes autoritario-represoras: especialmente la del juicio anticipado y de la definición de culpa y castigo extremo de los dos acusados/reos confesos de haber soltado el cohete.

Así, el círculo de re-estabilización de los sentidos se cierra una vez más: un conjunto de violencias cotidianas (las muertes en Maré, el exceso de represión de la policía, la ausencia del derecho a un juicio justo –con garantías de defensa y presunción de inocencia) vuelven a acomodarse, discursivamente, en el lugar que les cabe en las coberturas informativas: el silencio que permitirá la irrupción del grito indignado “de los justos” ante la violencia sufrida que legitima la represión “necesaria” de aquellos que insisten en amenazar el orden social vigente.

## Referencias

- ARAUJO, V. “Manifestódromo” liberaria vias vitais e evitaria caos no trânsito. *O Globo*, 17/8/2013.
- BIAR, M. (Org.). *E o povo reinventou as ruas: olhares diversos sobre as manifestações de 2013*. Rio de Janeiro: Multifoco, 2013.
- CHAUÍ, M. *Simulacro e poder: uma análise da mídia*. São Paulo: Fundação Perseu Abramo, 2006.

- DAEMON, F. Mídia de massa X Massas de mídias: as manifestações de 2013 e a emergência da contrainformação. In: BIAR, M. (Org.). *E o povo reinventou as ruas: olhares diversos sobre as manifestações de 2013*. Rio de Janeiro: Multifoco, 2013.
- FOUCAULT, M. *A ordem do discurso*. São Paulo: Loyola, 1996.
- \_\_\_\_\_. *A verdade e as formas jurídicas*. Rio de Janeiro: Nau, 1999.
- KANT DE LIMA, R. A administração dos conflitos no Brasil: a lógica da punição. In: VELHO, G.; ALVITO, M. *Cidadania e violência*. Rio de Janeiro: UFRJ/FGV, 1996.
- MENDONÇA, K. O RJTV e a (re)urbanização do Rio: uma cartografia da violência no discurso telejornalístico de pacificação. In: MOREIRA, S. V. (Org.). *Geografias da comunicação: espaço de observação de mídia e de culturas*. 1. ed. São Paulo: Intercom, 2012. v. 1, p. 143-158.
- MICHAUD, Y. *A violência*. São Paulo: Ática, 1989.
- MISSE, M. Dizer a violência. *Revista Katálysis*, Florianópolis, v. 11, n. 2, jul./dez. 2008.
- \_\_\_\_\_. Sobre a construção social do crime no Brasil: esboços de uma interpretação. In: *Acusados e Acusadores*. Rio de Janeiro: Revan/Faperj, 2008b.
- ORLANDI, E. *Análise de discurso: princípios e procedimentos*. Campinas: Pontes, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Cidade dos Sentidos*. Campinas: Pontes. 2004.
- \_\_\_\_\_. *Língua e conhecimento linguístico: para uma história das ideias no Brasil*. São Paulo: Cortez, 2002.
- SODRÉ, M. *O social irradiado: violência urbana, neogrotesco e mídia*. São Paulo: Cortez, 1992.